

Con María, "Madre de la Esperanza"...

María enseña

"la virtud de la esperanza, incluso cuando todo parece no tener sentido."

La Virgen María "nos enseña la virtud de la esperanza, incluso cuando todo parece no tener sentido: ella siempre confía en el misterio de Dios, incluso cuando parece ser eclipsado por el mal en el mundo", subrayó el Papa Francisco en una audiencia general el 10 de mayo de 2017.

Miremos a María, la Madre de la Esperanza. María pasó más de una noche en su camino de madre. Desde su primera aparición en la historia de los Evangelios, su figura se destaca como si fuera el personaje de un drama. No fue fácil responder con un "sí" a la invitación del ángel: y, sin embargo, aun siendo una mujer en la flor de la juventud, respondió con valentía, aunque no sabía nada del destino que le esperaba. En ese momento, María se nos aparece como una de las muchas madres de nuestro mundo, valiente hasta el extremo cuando se trata de acoger en su seno la historia de un nuevo hombre que está naciendo.

¡Este "sí" es el primer paso de una larga lista de obediencias! - que acompañará su viaje como madre. Así, María aparece en los Evangelios como una mujer silenciosa que a menudo no comprende todo lo que sucede a su alrededor, pero que medita cada palabra y cada acontecimiento en su corazón.

En esta disposición, hay un aspecto muy hermoso de la psicología de María: no es una mujer que se deprime ante las incertidumbres de la vida, especialmente cuando nada parece ir en la buena dirección.

Tampoco es una mujer que protesta violentamente, que invariablemente se opone al destino de la vida que a menudo nos revela un rostro hostil. Por el contrario, es una mujer que escucha: no olvides que siempre hay una gran relación entre la esperanza y la escucha, y María es una mujer que escucha. María acoge la existencia como si se entregara a nosotros, con sus días felices, pero también con sus tragedias que desearíamos no haber encontrado nunca. Hasta la noche suprema de María, cuando su Hijo es crucificado en la madera de la cruz.

Hasta ese día, María casi había desaparecido de la trama de los Evangelios: los escritores sagrados nos hacen escuchar este lento eclipse de su presencia, su silencio ante el misterio de un Hijo que obedece a su Padre. Pero María reaparece precisamente en el momento crucial: cuando muchos de sus amigos han huido por miedo. Las madres no traicionan, y en ese momento, al pie de la cruz, nadie puede decir cuál fue la pasión más cruel: la de un hombre inocente que muere en la horca de la cruz, o la agonía de una madre que acompaña los últimos momentos de la vida de su hijo. Los Evangelios son lacónicos y

extremadamente discretos. Observan con un simple verbo la presencia de su Madre: "estaba " (Jn 19:25), ella estaba.

No dicen nada de su reacción: si lloraba, si no lloraba... nada; ni siquiera una palabra para describir su dolor: en estos detalles, la imaginación de los poetas y pintores se precipitará, ofreciéndonos imágenes que han entrado en la historia del arte y la literatura. Pero los Evangelios sólo dicen: ella " estaba". Se quedó allí, en el peor momento, en el más cruel, y estaba sufriendo con su hijo. Ella "estaba".

María "estaba", simplemente estaba allí. Aquí está de nuevo, la joven mujer de Nazaret, con su pelo ahora gris por los años pasados, todavía luchando con un Dios que sólo necesita ser abrazado, y con una vida que ha alcanzado el umbral de la más densa oscuridad. María "estaba" en la más densa oscuridad, pero "estaba". No se fue. María está ahí, fielmente presente, cada vez que hay que sostener una vela encendida en un lugar de niebla y nubes. Tampoco conoce el destino de la resurrección que su hijo estaba en ese momento abriendo para todos los hombres; está allí por fidelidad al plan de Dios del que se proclamó sierva el primer día de su vocación, pero también por su instinto de madre que simplemente sufre, cada vez que hay un hijo que pasa por una pasión. Los sufrimientos de las madres: todos hemos conocido mujeres fuertes que han afrontado muchos sufrimientos de sus hijos!

La encontraremos de nuevo el primer día de la Iglesia, la Madre de la Esperanza, en medio de esta comunidad de discípulos tan frágiles: uno había negado, muchos habían huido, todos habían tenido miedo (cf. Hechos 1:14). Pero ella simplemente se mantuvo allí, de la manera más normal, como si fuera algo completamente natural: en la primera Iglesia envuelta por la luz de la resurrección, pero también por el temblor de los primeros pasos que tuvo que dar en el mundo.

Por eso todos la queremos como nuestra madre. No somos huérfanos: tenemos una Madre en el cielo, que es la Santa Madre de Dios. Porque nos enseña la virtud de la esperanza, incluso cuando todo parece no tener sentido: confía siempre en el misterio de Dios, incluso cuando parece que se desvanece a causa del mal en el mundo. En los momentos de dificultad, que María, la Madre que Jesús nos ofreció a todos, apoye siempre nuestros pasos, que diga siempre a nuestro corazón: "¡Levántate, mira al frente, mira al horizonte!" porque es la Madre de la esperanza. Gracias.